

# Surgimiento del reportaje policiaco en México

*Alberto del Castillo Troncoso \**

*para Isabel Pérez Monfort*

En un país como el nuestro, en el que por diversos factores los niveles de lectura han bajado hasta niveles patéticos, llama la atención el éxito de la llamada "nota roja" a nivel masivo en el sector popular de la sociedad. Desde el antiguo "Alarma" hasta el "Alerta", o el "Alarde Policiaco", estos diarios convocan la atención de peatones y transeúntes, de tal manera que todos en alguna ocasión nos hemos detenido frente al puesto de periódicos para "recrearnos" frente a la fotografía de algún crimen terrible y enterarnos, a través de los llamativos titulares, de cómo el marido asesinó a su esposa y con su cabeza hizo pozole, o como la vecina se robaba a los niños y luego los vendía como tamales, o el caso del terrible nieto que asesinó a machetazos a sus dos abuelos, etcétera. La lista es interminable, aunque el mensaje moralizante es reiterativo: los crímenes carecen de una explicación social y, por el contrario, serán el resultado de naturalezas erráticas y destructivas que se oponen a un orden pulcro y armónico, que se ve alterado por este tipo de desviaciones.

Dada la importancia de este tipo de periódicos y su fuerte arraigo, cabe realizar aquí una breve reflexión histórica en la que se expliquen las razones de su aparición en las últimas décadas del siglo pasado, así como los intereses económicos y políticos a los que respondían. Sólo en la medida en que nos asomemos a la génesis de los procesos históricos, podremos llegar a una comprensión profunda de los fenómenos actuales.

\* Psicólogo, Maestro en Antropología. Profesor de la Escuela Nacional de Antropología e Historia.

## El porfiriato: la ilusión viaja en tranvía

Para entender nuestra lectura actual sobre la delincuencia y la criminalidad, tenemos que remontarnos a la segunda mitad del siglo XVIII, cuando el Estado borbónico español impulsó un proyecto ilustrado que buscaba la modernización de la Nueva España, es decir, un reajuste económico, político e ideológico que pasaba, entre otras cosas, por una relectura del control social de los diversos grupos populares que inicia un proceso de privatización de sus territorios urbanos y con ello construye gradualmente un nuevo modelo de normalidad, basado en el nuevo paradigma de la ciencia, que sustituía al añejo sustento religioso colonial tradicional y sometía al país novohispano a los nuevos ritmos de la secularización.<sup>1</sup>

Este proceso continuó a lo largo del siglo XIX, particularmente en su segunda mitad, ya que de 1810 a 1867 el país se debatió agobiado por las guerras civiles, los golpes de estado y la inestabilidad política, lo que obstaculizó la implementación de un nuevo control social moderno y secularizado, que requería, evidentemente, de un Estado fuerte y estable, que aportaba la infraestructura pertinente. Para el último cuarto del siglo, ya contamos con todas estas condiciones: la Ciudad de México recuperó su hegemonía sobre el resto del territorio, los liberales triunfaron al fin en su guerra histórica contra los conservadores, el país entró en un marcado proceso de centralización, las vías férreas se multiplicaron y modificaron brutalmente la faz del territorio nacional. Eran los tiempos de la *Belle Epoque*, en los que la tecnología y el concepto de progreso permeaban el pensamiento y las actitudes del grupo dominante, generando en ellos una visión bastante optimista respecto a los problemas del país.<sup>2</sup>

En este contexto, se produjo una transformación notable de la prensa. A lo largo del siglo XIX predominaba una orientación política con pretensiones doctrinales dirigidos a una élite de lectores politizados, así como complejos editoriales armados con sumo cuidado, tirajes mínimos y producto de una tecnología rupestre.

<sup>1</sup> Véase: Juan Pedro Viqueira, *Diversiones públicas y vida social en la Ciudad de México durante el siglo de las luces*. FCE, México, 1986.

<sup>2</sup> El proceso historiográfico de revisión del porfiriato ha avanzado mucho durante los últimos 30 años. En este lapso se ha explorado el período desde ángulos tan diversos como la historia urbana, los estudios económicos, las biografías y los acercamientos políticos y culturales, etcétera. Una adecuada síntesis puede consultarse en el trabajo de: Enrique Florescano, *El nuevo pasado mexicano*. Cal y Arena, México, 1991.

Para las últimas décadas la situación dio un giro bastante notable. Con la centralización y las transformaciones económicas, que impulsaban el surgimiento de un nuevo orden social capitalista, las condiciones sociales de producción y de recepción de los diarios se modificaron sustancialmente. Si antes, como señala Monsivais, la noticia "buscaba" un periódico en la cual ser publicada, ahora surgía la moderna figura de los *reporters*, que rastreaban los acontecimientos en todos los ámbitos del territorio urbano y al presentarlos generaban una nueva mirada sobre el espacio de lo social en tirajes masivos, dirigidos a un lector anónimo y poco especializado.

Una anécdota muy amena que nos ilustra este momento de transición, se refiere a la elaboración de uno de los primeros reportajes publicados en la prensa mexicana, producto de la pluma del famoso periodista Manuel Caballero:

En busca de tal material (las noticias) andaba Caballero a las 6:40 de la mañana del 19 de septiembre de 1887, el día del duelo entre Gayón y Rocha se apostó, oculto en un coche de alquiler, cerca del domicilio de uno de los duelistas, y cuando éste y sus acompañantes treparon a su propio carruaje, los siguió discretamente. El lugar de la cita resultó ser el cuartel de La Libertad. El periodista no iba a poder penetrar a ese sitio, pero no por ello se resignó a perder su reportaje. Tras haber dado un par de vueltas en torno del establecimiento militar, Caballero decidió arriesgarse con el dueño de una finca contigua, una casa de dos plantas y altos techos. Tocó a la puerta imperativamente y un hombrecito acudió a abrirle: "Policía secreta en misión especial –dijo el periodista con aire autoritario, exhibiendo apenas un objeto metálico que podía ser una placa o una lata de tabaco– tenemos noticia de que se va a cometer un crimen en las inmediaciones, y vamos a montar un puesto de observación en el techo de su casa." Dos minutos más tarde comodamente instalado en el tejado del azorado vecino, Caballero empuñó sus gemelos de teatro y se dispuso a observar el duelo entre Rocha y Gayón, sin perderse nada, ni el leve temblor del dedo en el gatillo, ni las secas voces de mando de los jueces del lance, ni las gotas de sudor que a pesar del frío de la mañana iban a brotar de las frentes de los adversarios, ni las rosas de sangre que tal vez florecerían simultáneamente en las blancas camisas...<sup>3</sup>

<sup>3</sup> Felipe Gálvez, "Primer centenario del reportaje moderno en México", en *Revista Contenido*, México, D. F. octubre 1987, pág. 54-57.

Con este espíritu aventurero, los nuevos *reporters* iban a desarrollar hacia finales del siglo pasado una mirada atenta e irónica sobre los problemas sociales. La noticia, pues, se convirtió en mercancía y la labor del periodista se profesionalizó. Investigaciones recientes nos muestran cómo este proceso de transición comenzó a generarse en la década de los setenta del siglo XIX<sup>4</sup>. Sin embargo, no es sino hasta la década de los noventa que se produce un cambio cualitativo en la modernización de la maquinaria y la tecnología, cuando surge el diario *El Imparcial* por el año de 1896. A pesar de lo que su título pudiera sugerir, este diario recibía un fuerte subsidio por parte del gobierno y se le consideraba un vocero semioficial de la dictadura de Díaz, cuyos intereses, evidentemente, representaba.

El reportaje privilegiado por los distintos periódicos de la época fue el de carácter policiaco, que en muchas de las ocasiones ocupaba los grandes titulares de la primera plana, superando en importancia a la nota de política interior o exterior, que debía subordinarse a los avatares del juicio del "Tigre de Santa Julia", a las hazañas del terrible "Chalequero" o de plano, al suicidio, adulterio o crimen pasional del día.

### **Sara Cabrera y "Rashomon"**

A continuación describo brevemente y como simple botón de muestra, uno de los reportajes policiacos más sonados de la época. Resulta pertinente referirlo, pues en tanto que nos permite detectar los intereses que subyacen en el trasfondo de algunos de los diarios más importantes del momento, también nos hace posible analizar algunas de las principales lógicas de argumentación ideológica que convergen en la construcción de una moral dominante en la Ciudad de México para finales del porfiriato. Los tres diarios que intervienen en la narración son: *El Imparcial*, como ya dijimos, vocero del gobierno, que pretende desarrollar un análisis científico de la realidad, basado en los planteamientos positivistas predominantes en la época; *El Popular*, un diario independiente de ten-

<sup>4</sup> Me refiero a la investigación: Irma Lombardo, *De la opinión a la noticia*. Ed. Kiosko, México D.F. 1992. La autora rastrea el surgimiento de los primeros reportajes en la prensa mexicana durante la década de los setenta y los ochenta del siglo pasado.

dencias políticas liberales; finalmente, *El País*, vocero de algunos grupos católicos.<sup>5</sup>

La noche del domingo 25 de febrero de 1901, Sara Cabrera fue asesinada de dos balazos por Mario Bringas en Tacubaya. El relato de los sucesos y la identidad de sus actores, difieren notablemente en las distintas versiones de cada uno de los reporteros que cuentan la historia a sus lectores.

### Los personajes de la tragedia

Para *El Imparcial*, Sara Cabrera tenía "a lo sumo" 37 años, vivía en su casa con su marido, un "anciano septuagenario" llamado José Pedro Rubira, con el que procreó tres hijos: Enrique, de doce años; Manuel, de seis; y Guadalupe, la más pequeña, de cinco años.

Don Pedro Rubira sentía por Sara una pasión "poco común en individuos de su edad", y acataba "los más extravagantes caprichos de su mujer", cumpliéndolos "al pie de la letra". Sin embargo, Sara sostenía relaciones amorosas con Mario Bringas, un ex-gendarme de "pésima reputación", al que incluso se le había dado de baja de esta organización debido a su mala conducta. Las relaciones de Sara con Mario eran "bien conocidas entre cierta clase de gente", como "bien conocido" era el escándalo que entre ella, Bringas, y otro sujeto habían protagonizado en uno de los palcos del Teatro Nacional.

A últimas fechas, Sara había regresado con su marido para cuidarlo, ya que el anciano había recaído de su salud después de su paseo matinal por la "pintoresca" población de Tacubaya.

Así las cosas, recibió "la visita" del ex-gendarme en casa de su esposo esa noche del domingo 25 de febrero.

<sup>5</sup> Los tres diarios analizados comenzaron a publicar sus reportajes sobre el caso a partir del 26 de febrero de 1901, un día después del homicidio:

"Homicidio en Tacubaya. Una joven con dos balazos" en *El Imparcial*. 26 de febrero.

"Asesinato de una mujer. Las tragedias del matrimonio" en *El País*, 26 de febrero.

"El homicidio de Sara Cabrera. Un gendarme que cumple con su deber" en *El Imparcial*. 27 de febrero.

"Tragedia por celos en Tacubaya. Mujer muerta a balazos" en *El Popular*. 27 de febrero.

"El homicidio de Sara Cabrera. Diligencias judiciales" en *El Imparcial*. 28 de febrero.

"La tragedia en Tacubaya. Crimen, suicidio o accidente" en *El Popular*. 28 de febrero.

"El homicidio de Sara Cabrera. Reconstrucción del crimen" en *El País*. 3 de marzo.

"El homicidio de Sara Cabrera. Confesión del acusado" en *El Imparcial*. 3 de marzo.

Para *El Popular*, en cambio, Sara era una muchacha de "agradable presencia" que vivía con Mario Bringas; era una joven de "buena familia", que debido a "azares de la fortuna" ocupaba una posición humilde.

Al principio, la relación entre ambos jóvenes fue "muy afortunada", ya que se "correspondían" y así, un día Sara aceptó la oferta de Mario y se fue a vivir con él, ignorando totalmente éste el hecho de que Sara era casada y tenía tres hijos con el señor Rubira. Sin embargo, no pasó mucho tiempo sin que estos amores se tornaran "desgraciados", ya que Sara tenía un carácter "muy alocado" y engañaba frecuentemente a Bringas con otros individuos haciéndole la vida "cada día más difícil", disculpándose con "excusas tontas" que resultaban tan inverosímiles que él nunca las creía.

Finalmente supo Bringas que su mujer lo engañaba con otro y se propuso sorprenderla, para lo cual, llegaba a su casa a horas distintas de las acostumbradas, pero nunca pudo descubrirla, aunque notaba algo extraño y era que ella ya no lo recibía con los "mimos" de antes, sino que lo trataba con "desdén y desprecio".

De esta manera, pasaban los días y Mario "se consumía lentamente por los celos".

Finalmente, para *El País*, Sara Cabrera era una señorita que vivía con su familia en la "pintoresca" población de Tacubaya.

Desde hacía "algún tiempo" sostenía relaciones con el joven Mario Bringas, quien últimamente había llegado a convertirse en su "prometido".

La relación entre ambos muchachos tenía a veces sus problemas, ya que Sara tenía muy buen humor y acostumbraba bromear con su "prometido", al cual no siempre le causaban gracia las bromas de Sara, pues él era de carácter "excesivamente nervioso" y esto ocasionaba algunos "disgustillos" con cierta frecuencia entre los enamorados.

Tal era la situación cuando Mario llegó a visitar a Sara en la tarde del día 25.

## **El asesinato**

Según la versión de *El Imparcial*, Bringas se presentó en la casa de Sara entre las 7:00 y las 8:30 de la noche, "completamente ebrio",

atravesando "sin el menor miramiento" el jardín de la casa y penetrando hasta el comedor, en donde comenzó a destapar unas botellas de cerveza, continuando así su borrachera. En ese estado, comenzó a ofender a Sara, que ya había bajado de su recámara en la parte alta de la casa avisada por la servidumbre de la inoportuna presencia del "ex-gendarme". Éste le exigía que se fuera con él y que consiguiera dinero.

La mujer comenzaba a discutir con él, cuando se presentó su hijo Enrique, quien valientemente la defendió encarándose con Bringas. Éste sin embargo, respondió al muchacho y le ordenó que trajera de la cocina una botella de jerez, sujetándolo violentamente por el brazo. El muchacho obedeció y salió de la habitación, mientras continuaba la discusión entre Sara y el "ex-gendarme". Poco después se escucharon dos detonaciones. Casi de inmediato acudieron los tres hijos de Sara, quienes habían presenciado la escena final desde la puerta del comedor. Cuando Bringas se aprestaba a rematar a la mujer poniéndole el cañón de la pistola sobre la frente, fue sorprendido por Guadalupe, la hija menor, quien para impedirselo le gritó: "por favor, no mate a mi mamá".

Esta acción desconcertó totalmente a Mario, quien permaneció inmóvil hasta la llegada de Felipe Méndez, el sirviente de la casa, que lo "intimó a que se rindiera" y lo controló hasta la llegada del gendarme Apolonio Ruiz, el cual actuó con "gran prudencia" para lograr que se rindiera e impedir que se suicidara, pues se encontraba en un estado de "gran excitación".

Mientras tanto, el "anciano Rubira" se había despertado sobresaltado al escuchar las detonaciones, por lo que se incorporó del lecho gritando con voz agitada "Sara, Sara", pero "afortunadamente" la sirvienta Dolores Zamora, esposa de Don Felipe, lo tranquilizó indicándole que no había sucedido nada, entonces el anciano le comentó que había tenido una "horrible pesadilla", pues había soñado que asesinaban a su mujer. La sirvienta decidió ocultar la información a Don Pedro para evitarle una grave impresión que "seguramente aceleraría su muerte".

En cambio, en la versión de *El Popular*, la escena del crimen se desarrolló en casa de Bringas, cuando éste "cansado de soportar tantas cosas", y después de "pasearse con unos amigos" y tomarse algunas copas "en diferentes cantinas de la población", sorprendió a su mujer en el momento de abrir la puerta de su casa, lo que

"indicaba claramente" que, o bien acababa de llegar, o bien alguien había salido de su casa. Lo anterior "le sublevó la sangre", y empuñando su pistola se la puso en el pecho a Sara para que le dijera lo ocurrido en su casa mientras él no había estado. Entonces la mujer vaciló y Bringas le disparó dos veces atravesándole el brazo izquierdo y el corazón, lo cual le produjo una muerte instantánea.

Las detonaciones atrajeron al lugar de los acontecimientos a un gran número de curiosos, que encontraron a Bringas de pie e inmóvil, "ante la mujer que había sido la causa de su desgracia", y "llorando como un niño, arrepentido al comprender la magnitud de los sucesos". Cuando llegaron los gendarmes encontraron a Mario llorando y lo capturaron fácilmente, ya que en ningún momento pretendió huir, y explicó que la había matado por "los celos que tenía de aquella mujer a quien tanto amaba".

En *El País* se puede leer que Mario llegó a visitar a su novia la tarde del domingo, ella comenzó a hacerle algunas bromas al joven, provocando su disgusto ya que, como había señalado, él tenía un carácter "excesivamente nervioso". Para evitar que Sara se siguiera burlando de él, Mario "ciego de ira" le disparó dos balazos, uno de los cuales le atravesó el brazo y el otro "le partió el corazón", matando instantáneamente a la muchacha. Cuando se escucharon las detonaciones acudieron inmediatamente la familia de Sara y la policía, que desarmó a Mario, confesó su delito y fue llevado a la cárcel de Belem.

### **La defensa de la moral: tres casos distintos**

La creatividad imaginativa de cada uno de los reporteros se encuentra estrechamente vinculada a posiciones ideológicas específicas, las cuales poseen implicaciones morales muy concretas, que dan un significado distinto a cada relato: al acentuar el papel negativo del homicida, al resaltar la inocencia de la muchacha asesinada, al justificar moralmente al victimario o al culpar a la víctima, entre otras muchas posibilidades.

De esta manera, *El Imparcial* acentúa la moral del matrimonio. Los culpables de la tragedia son la misma Sara, por ser adúltera de conducta "escandalosa" y por supuesto, Mario Bringas, por tener una "pésima reputación" y por haber sido expulsado del cuerpo de



gendarmes debido a su mala conducta. Las circunstancias en que Bringas cometió el crimen lo responsabilizan más, ya que llegó en estado de ebriedad a la casa de Sara, la ofendió y amenazó, maltrató a uno de sus hijos y finalmente la asesinó de dos balazos a quemarropa. La gran víctima de esta tragedia es Don Pedro Rubira. No es casual que sea *El Imparcial* el único de los tres diarios que nos brinde información extensa sobre este personaje, resaltando su respetabilidad social, destacando que se trataba del marido legítimo, y elogiando su comportamiento al señalar que satisfacía todos los "caprichos" de Sara. Su posición de víctima se agiganta cuando se nos informa que el anciano ignoraba los trágicos acontecimientos y cuando se nos dice que tenía pesadillas en las que soñaba que asesinaban a su mujer.

La intervención moralizante del diario se refuerza con la dosis de sentimentalismo puesto en el reportaje para conmover al lector al destacar la importancia y debilidad de las víctimas, los hijos y el esposo, en situaciones difíciles, como en el caso de Guadalupe, la hijita menor de Sara, que supuestamente impide al homicida que remate a su madre al suplicarle que no la asesine, o el anciano Rubira que se incorpora de su lecho gritando el nombre de su esposa después de soñar que la asesinaban.

Asimismo, el diario aprovechó la oportunidad para desatacar la actuación del cuerpo policíaco, que resuelve la situación con gran eficacia; todo esto después de defender su honestidad al señalar que Bringas ya había sido expulsado de la organización de gendarmes, al resultar incompatible su mala conducta con las normas de la institución.

En general, *El Imparcial* se aboca a la defensa de la familia y en especial del matrimonio a través de la satanización de víctima y victimario, así como de la exaltación de la figura del marido burlado, poniendo en acción mecanismos de melodramatización de los sucesos, que convierten en cursilería toda posibilidad de análisis.

Para *El Popular*, la verdadera culpable de los sucesos es Sara, quien engañaba a Mario al ocultarle su condición de esposa y madre de familia, y quien con su conducta "alocada y escandalosa" se la pasaba burlándose del joven, haciéndole la vida "cada vez más pesada", hasta que éste, que procedía de "buena familia" (a pesar de que el "azar" lo hubiera colocado en un hogar humilde), exasperado por los celos y "sin poder soportar más", la mata en el umbral

de su propia casa. Las circunstancias del atentado tienden a justificar la agresión, ya que Mario la sorprendió en el momento en que la mujer acababa de llegar, lo cual indicaba "claramente" que había estado con alguien.

Finalmente, la conclusión del diario no resuelve si se trató de un crimen, suicidio o accidente, lo que también suaviza la participación de Bringas. Así pues, en este diario encontramos también una defensa de la moral dominante, sólo que los caminos escogidos son muy distintos, pasan desde la responsabilización de la mujer como causa última de los sucesos hasta la justificación del homicida como responsable causal cada vez que actúa obedeciendo a una situación en la que ha sido colocado por Sara.

En *El País* la vía escogida pasa por la defensa de los actores de los sucesos a través de la suavización de los conflictos. Así, Sara es una señorita y su conducta no adecuada se refiere exclusivamente a su práctica de hacer bromas, mientras que Mario es un joven de conducta correcta que sostiene relaciones legítimas con Sara, pero que tiene el defecto de poseer un carácter "excesivamente" nervioso.

En este punto resulta interesante observar cómo la argumentación psiquiátrica se ha incorporado a la explicación de las relaciones sociales, y en este caso concreto, sustituye a la adjetivación moral que sataniza de tal modo, que ya se puede decir: "No la mató por maldita, sino por que padece una enfermedad nerviosa". Este tipo de planteamientos encuentran aceptación entre el público (fruto del avance de la psiquiatría positivista a lo largo del siglo XIX como fuente de explicación de la conducta humana).

Destaca por su ausencia un elemento que había jugado un papel fundamental en la explicación de los otros diarios: el alcoholismo presente en Bringas al momento de ejecutar el crimen. Esta notable ausencia se explica dentro de la tendencia global del caso en el diario, en el que la defensa de los pilares institucionales de la sociedad se realiza a través del ocultamiento de sus contradicciones, mecanismo que va a convertirse en una de las claves con que la estrategia argumentativa de *El País* resuelve el caso.

## Algunas conclusiones provisionales

A través de estas páginas, hemos intentado mostrar cómo el reportaje policiaco constituye una fuente documental válida para aproximarse a la comprensión histórica de un período, desde ángulos no contemplados por la investigación histórica tradicional. Reconstituir la historia del surgimiento de la nota roja en México nos permitiría acercarnos a la configuración de una moral social porfiriana, argumentada desde diferentes vías y posturas, con distintos tonos y matices, resultado de un largo proceso histórico que encuentra su antecedente obligado en el proyecto ilustrado de la segunda mitad del siglo XVIII. Por otro lado, cabría preguntarse hasta dónde esta moral porfiriana contribuye a la formación de un nuevo modelo de normalidad que perduraría en los diferentes regímenes postrevolucionarios con sus propios mecanismos de control social. Ahí donde la historia política tradicional insiste en las rupturas y los cambios, una historia de las mentalidades podría establecer una serie de permanencia y continuidades. No está de más recordar que entre otras importantes instituciones, la penitenciaría de *Lecumberri* y el manicomio de *La Castañeda* son creaciones del porfiriato.

Hacia finales del siglo XIX se desarrolló un sentimiento de horror y atracción ante la figura temida y marginada del delincuente. La prensa de la época retomó este tipo de sentimientos y actitudes y los aplicó hasta sus últimas consecuencias, construyendo una imagen moralizante de la delincuencia, en la que ésta queda desvinculada de sus causas reales a partir de un nuevo proyecto de control social madurado por el grupo dominante a lo largo de varias décadas y en el cual el discurso científico ocupaba un papel central.

El reportaje policiaco constituye solamente una de las piezas a partir de las cuales se fue delineando la moral social que nos rige en la actualidad. Una investigación más amplia exige un análisis del contenido ideológico de los reportajes más representativos para llegar a resultados más significativos y su vinculación con otras fuentes. En esta labor se evidencia la necesidad de diálogo entre dos disciplinas que no siempre se han visto con buenos ojos, y cuya relación está plagada de malos entendidos; la historia y la psicología social.